

Juan García Larrondo

EL ÚLTIMO DIOS

(FRAGMENTO INICIAL DE LA OBRA)

Un grupo de sirvientes deambula en el interior de una estancia profusamente decorada con recuerdos, esculturas del emperador o de otros miembros afines a la familia imperial y baúles todavía a medio abrir. Algunos encienden antorchas, otros preparan el agua de las termas, otros sirven alimentos y otros conversan, distendidos. Hay también músicos que cantan y hacen sonar sus instrumentos.

ADRIANO, envejecido y con salud algo delicada, entra mirándoles con un mal disimulado fastidio. Todos callan un momento, luego le aclaman, sinceros.

TODOS: ¡Salve, Adriano, príncipe de la paz! (*Salen*).

Adriano, a solas, sonríe melancólico, mientras revisa simbólicamente algunos de sus objetos familiares o acumulados tras los viajes. Entre ellos, se detiene especialmente en algún busto de Antinoo. FLEGÓN, secretario personal del emperador, le acompaña y le ayuda a instalarse.

ADRIANO: Adriano, príncipe de la paz... ¿Y qué más? ¿Quién de todos estos rostros he sido en verdad? Quizás un espíritu multiforme o un hombre que podría definirse, precisamente, por lo que no ha llegado a ser. Después de recorrer infinitas leguas, de ocupar o pasar de largo geografías tan distantes y opuestas entre sí... Tras haber tocado tantas pieles, tantas tierras y tan remotos cielos... Ahora mismo no sabría reconocerme en ninguno de los títulos honoríficos que me han otorgado ni en los adjetivos con que se empeñan en definirme los biógrafos. Al fin, a punto de alcanzar la distancia más larga recorrida, a este príncipe cansado, la vida le pesa demasiado y las piernas apenas le sostienen ya... (*FLEGÓN escribe las palabras de ADRIANO*).

*Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca
Pallidulla, rigida, nudula,
Nec, ut solis, dabis iocos...*

Esta mañana Hermógenes me ha vuelto a reconocer. Su prudencia como amigo es paralela a su sabiduría como médico y,

quizás, por eso, insiste en hacerme olvidar la idea de la muerte. No necesito que me engañen. Tengo más de sesenta años y siento cómo las arterias y los músculos de mi cuerpo se confabulan en mi contra para desobedecerme y hacerme pagar los excesos a que les obligué. El dolor y la hidropesía pronto acabarán conmigo, lo sé, pero mi cerebro trabaja aún inagotablemente, y los recuerdos se deslizan por mi mente, ordenados y tranquilos. Ya no tengo prisa por morir. Atrás quedó el tiempo en que sólo deseé la muerte. Guardemos paciencia.

Y así, en estos días de espera: días que son para mí todos iguales, rememoro añoranzas de un tiempo pasado que cada vez se desdibuja más en mí: El galope de mi caballo Borístenes, de repente, me trae a la memoria las cacerías que, de niño, gustaba practicar en las colinas de Itálica o en los bosques de Germania. Las playas de Gades y la voz de mi madre me susurran cánticos de sirenas más allá de las columnas de Hércules. Y todas las estrellas que seguí en la noche, en los desiertos, en la Atenas dorada o los mares oscuros del Norte, se reflejan en las pupilas del último compañero de mis viajes... ¡Qué difícil distinguir una luz de otra! Siempre he sido un corazón en movimiento: Hispania, Roma, Grecia, Egipto... Al fin, la enfermedad me ha esclavizado en un punto sin retorno: justo a mitad de camino a ninguna parte y al final del Todo. He alcanzado mi Ponto Euxino. Y, sin embargo, todo comenzó apenas ayer... Hermógenes dice que el clima de Baias me favorece, pero a mí me asfixia estar lejos de mi villa de Tibur, de mi isla, de mis arquitecturas imposibles... Al menos, aquí no llegan los gritos de Roma. Esos gritos que me reprochan mis errores como monarca y me acusan de haber perdido el juicio. Puede ser. Tienen gran parte de razón. Pero, ¿a quién le importa eso ya? Aunque muchos no lo entiendan, creo que he servido bien al Imperio. Por fin hay paz, es verdad. La historia deberá juzgarme, y tampoco eso es importante. Lo que quiero que el mundo sepa, lo sabrá a través de las memorias oficiales que transcribe mi fiel secretario Flegón. Otras cosas –la mayoría– morirán conmigo. Así debe de ser. Así es como debería haber sido desde siempre...

Sin embargo, aún necesitaría ordenar algunos hechos, añadir a la biografía del emperador la vida del hombre imperfecto. Ser el príncipe más poderoso del mundo no me ha hecho diferente ni

mejor que cualquier otro ciudadano. Al contrario: La mía es la historia de un hombre más que no supo ni quiso huir de las quimeras y que, como otros, también penó por sus miserias y anheló excesivas vanidades. La historia de un hombre tremendamente amado que, curiosamente, aprendió demasiado tarde a amar...

(ANTINOO, o su presencia, atraviesa lentamente la escena. Como un fantasma).

He intentado siempre no detenerme en ninguno de los extremos de la vida, abrirme hacia lo inesperado o lo desconocido. Pero el viaje del amor me ha iniciado en los más indescriptibles misterios. Si el que ama conserva consigo la razón, nunca sirve del todo a su dios. Ahora lo sé. Durante años he sufrido por no pronunciar su nombre o por gritarlo demasiado... Antinoo... Pero todo esfuerzo ha sido en vano. Cuando el ser que codiciamos nos es arrebatado, nos sumimos en la más dolorosa oscuridad, y la única luz que alcanzamos a ver es la suya. Antinoo...

Me lo han reprochado tanto, me han acusado de tantas cosas...

¿Por qué se van los que nos aman? Todo le fue hostil: Roma, la propia Sabina, Alejandría y la locura que allí nos envolvió. Yo mismo, por todo: por mi ceguera y por mi incapacidad. Y en última instancia, también él, por su excesivo amor hacia mí. Ese amor que siempre me parecía insuficiente y que jamás fui capaz de gobernar.

No puedo atenuar mi penitencia. Ya no encuentro suficientes culpables a los que culpar de nada. ¿Para qué? Él se marchó definitivamente al silencio. A ese silencio donde a veces caía, para retornar luego, tras la pausa, más vivo y sumiso a mis pies. ¿Para qué? Si ya nunca he vuelto a sentir su calor.

Y sin embargo, aquel niño que a menudo se me antojó humano y, finalmente, divino. Aquel dulce adolescente cuyo perfil me acompaña aún en las monedas del peculio y en los bustos más fieles. Aquel hombre hermoso que adoran en todos los confines del Imperio como a un dios benéfico, no se alejó de mi vida para siempre. Su presencia está cada noche en la soledad de mi lecho. Desde en los detalles más cotidianos hasta en el horizonte del

universo, donde brilla una nueva estrella a la que di su nombre. ¡Qué lejos está Egipto, y Antinoe, la ciudad que levanté para él!...Y qué fríos son sus alargados párpados en el mármol que siempre me acompaña...

(Música. Aparecen nuevos elementos en la escena y algunos personajes extraños. Todo cambia. ANTINOO, que ahora lleva en sus manos un pequeño saco con un animal vivo, se dirige hacia una hoguera, como si fuese a iniciar un insólito ritual. ADRIANO ha recuperado de entre sus enseres, una moneda de oro y un brazalete que acaricia y mira, evocador...)

En realidad, aquel viaje a Alejandría fue el término del viajero, el fin de todos mis sueños y el principio de mi época más desesperada. Pero, hasta entonces, la vida era para mí una aventura fascinante. Yo mismo me sentía como un dios. Si cabe, más que un dios...

(La HECHICERA entra envuelta en un halo de misterio y se sitúa frente al fuego. Cánticos fúnebres. FLEGÓN desaparece y el emperador se adentra en sus propias memorias).

Alejandría aún no se había transformado en la ciudad que tanto habría de odiar después. Egipto era una región llena de magia y placeres siempre nuevos. A mi compañero y a mí nos atraía todo ese mundo de supersticiones y misterios. Recuerdo ahora esa excursión a Canope como si aún estuviésemos allí... Como si el hálito de la hechicera aún me convulsionara los sentidos. La emperatriz, recién llegada de Roma, aborrecía aquellos ritos que a Antinoe y a mí tanto nos fascinaban. Comenzaba el otoño en Egipto y, con él, las celebraciones del aniversario de la muerte de Osiris. Jamás lo olvidaré. Todavía él estaba junto a mí, todavía formaba parte de mi vida y de mi anatomía como el impulso que hace mover al pájaro sus dos alas al mismo tiempo para alzarse y acariciar la bóveda del cielo. Respirábamos el mismo aire. Sobrevolábamos las cumbres del amor sin saber que avanzábamos directamente hacía sus infiernos... Vivíamos el segundo año de la 226 Olimpiada y la flota imperial se mecía atracada sobre el Nilo...

*Mi corazón mi madre
Mi corazón que me entrega el ser.
¡Oh, tú, eternidad y perduración!
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame entrar en el mundo subterráneo
sin que rechaces mi alma,
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Vengo del Estanque de Fuego,
como desea mi corazón.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame salir del mundo subterráneo
y ver el rostro del sol.
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
Déjame salir del mundo subterráneo
y ver la luna por y para siempre
¡Honor a ti, Osiris Un-Nefer!
¡Esté conmigo mi corazón
en la casa de los corazones!*

HECHICERA DE CÁNOPE: (*Poseída, en trance*). Mi corazón, mi madre... Mi corazón, mi madre... ¡Oh, tú, eternidad y perduración! (*Arroja flores al fuego, mientras ADRIANO, que se mostrará más enérgico que en la escena inicial, y ANTINOO participan del ritual*). Ojalá que hable mi boca, o no podré llegar a la ribera oriental del Lago de las flores, ni tendré una barca que me baje por el Nilo. ¡Ojalá que hable mi boca! Ábrete cielo, para que Seb me separe las mandíbulas, despegue mis ojos cegados y con mi corazón entienda. (*Se incorpora, danzando y riendo, bromea con el emperador y el joven, uniéndoles las manos y participándoles de la iniciación*). Mi corazón, mi madre, ¡mi corazón, mi madre! Mi corazón de las transformaciones...

(*La HECHICERA recita una oración indescifrable. Mientras lo hace, le pide a ANTINOO la ofrenda para el sacrificio. El muchacho le ofrece su balcón, envuelto en un pequeño saco. La vieja, maternal, lo sumerge en un estanque hasta abogarlo. ANTINOO sufre, pero se contiene ante la mirada condescendiente del emperador. La HECHICERA usa el agua para ungir los miembros del joven griego*).

HECHICERA: (*En cuclillas frente al emperador, infantil*). Nu dice: “Retírate, huye de las ciénagas y no pronunciaré tu nombre al gran Dios” (*Acaricia el rostro de ANTINOO que está muy asustado. ADRIANO la detiene*).

ADRIANO: ¿Y qué más dicen tus mágicas palabras, hechicera?

HECHICERA: (*Soberbia, casi ofendida*). Dominas la tierra, pero no el cielo, donde mi lengua tiene poder. “Mis dientes son como cuchillos y mis muelas se asemejan al Nomo de Tutef”.

ADRIANO: (*Sonríe*). Tú ya no tienes dientes, anciana.

HECHICERA: (*Ríe, enseñando sus encías*). ¡Yo he sido hermosa, emperador! Pero jamás vi una belleza comparable a la de tu joven amigo... (*Lo mira con ternura*). El victorioso Osiris, alma de Ra, lo ha visto desde el cielo también. Y le codicia para sí. (*Acercándose nuevamente a ANTINOO*). ¿Cuál es tu nombre?

ANTINOO: Antinoo. (*La HECHICERA vuelve a reír*).

HECHICERA: ¡Salve! Lloras mucho, ¿verdad? Tienes las pupilas rojas como el limo. (*A ADRIANO, furiosa*). ¡No se las cierres y márchate del reino de los cocodrilos!

ADRIANO: No asustes al muchacho y habla claro de una vez.

HECHICERA: El soberano Osiris dice: “...Mortales. Entro como el Halcón y salgo como el ave bennu, lucero matutino de Ra. De esta forma, trazo una senda por la que ha de entrar el hermoso al Lago de Horus y tener un sendero en el Nilo para adorar a Osiris, señor de Vida”...

ANTINOO: (*Con temor*). ¿Entonces?... ¿No basta el sacrificio del halcón? ¿Qué más puedo hacer? ¡Habla, mujer!

ADRIANO: (*Cansado*). Bueno, ya es suficiente...

HECHICERA: Deberías adorar a Osiris, emperador... Adórale antes de marcharte.

ADRIANO: *(Incorporándose, sin ganas de discutir).* Claro que lo haré... *(Le da una pequeña bolsa con monedas).*

HECHICERA: Buscas la luz, pero vives en la oscuridad.

ADRIANO: No existe la luz eterna.

HECHICERA: Los dioses existen y nos ven. *(Empieza a reírse, nuevamente juguetona).* ¡Salve, oh criaturas del dios Shu! ¡Gracias os doy por haberme permitido contemplar a Osiris reencarnado! ¡Mi corazón, mi madre! ¡Mi corazón, mi madre! ¡Mi corazón de las transformaciones...!

(La emperatriz SABINA aparece por el fondo de la escena. Los personajes se observan llenos de intenciones y en silencio. La HECHICERA, asustada ante la mujer, arroja las monedas al fuego y se marcha emitiendo un quejido incomprensible. ANTINOO se acurruca en posición fetal sobre unas pieles en el suelo. ADRIANO y su esposa siguen frente a frente. El fuego parece extinguirse y una momentánea oscuridad hace que todo desaparezca).

¿Quién es éste?

Soy el Ayer; conozco el Mañana.

¿Quién es éste?

Ayer es Osiris, y Mañana es Ra.

¿Qué es esto?

Cuando llega un dios,
se levanta y combate con él.

¿Quién es éste?

Soy el custodio del libro de lo que es
y de lo que será.

¿Qué es esto?

Es la purificación de Osiris.

El día de su nacimiento,
un dios abraza al otro.

El sol envuelve tibiamente la estancia imperial en Alejandría. ANTINOO dormita, inquieto, sobre el suelo. No queda nada de la escena anterior. Aún se oirán los cánticos fúnebres egipcios cuando aparece el filósofo CHABRIAS, gran amigo del joven. Le descubre dormido y lo observa con ternura, cubriéndolo delicadamente con unas pieles. ANTINOO despierta de su pesadilla. Preside la escena una escultura del emperador...

Para seguir leyendo consultar obra completa.